

que conduce al cielo. He dicho que á mi admiracion está unida cierta pena inquietud. Muchas cosas contribuyen y son causa de esta mi inquietud, y no es la menor ver que muchos de mis correligionarios, no de los menos fieles á los deberes que nuestra religion nos impone, padecen y sufren la misma pena. Entre estos, unos si yo no me engaño, no se detienen mucho y con seriedad sobre este objeto, otros hallan medio de tranquilizarse con el auxilio de ciertas máximas, que yo mismo les he oido alegar. Sin embargo, como estas máximas son muy diferentes entre sí, y muchas de ellas me parecen muy poco conformes á la recta razon y al espíritu del Evangelio, os confieso ingenuamente que aun aquellas que me parecen mejores, jamas han podido tranquilizarme en este punto.

Hé aquí, Señor, el objeto que hoy me trae á vos: me parece de bastante importancia, para que yo no descuide de él. Deseo, pues, ecsaminarle con vos, y espero que vuestra doctrina me servirá necesariamente, ó para disipar mi inquietud como sin fundamento, ó para buscar la tranquilidad del espíritu en aquella religion que crea hallarla.

CATÓLICO. Vuestros pensamientos, mi amado, os honran de un modo muy singular. Aunque ellos en la situacion en que os hallais, no sean otra cosa que el cumplimiento de un deber natural, que á todos nos obliga *de buscar antes que todo el reino de Dios*, esto es, su verdad y su justicia en punto á Religion, son sin embargo el mas bello testimonio de la rectitud de vuestro corazon y de vuestro amor hácia la verdad.

Yo veo en esto el cumplimiento de un deber natural, porque dudando, como dudais, de la posibilidad de conseguir vuestra eterna felicidad en vuestra religion, teneis una estricta é indispensable obligacion de instruiros en un negocio, el *solo necesario*, segun Jesucristo; en un negocio en el que se trata de *todo el hombre*, y en comparacion del cual todos los demas negocios que pueden llamar vuestro interés, no son mas que *vanidad y afliccion de espíritu*. Esta obligacion es tan evidente y tan conforme á la razon, que los mismos paganos la han reconocido y proclamado. Sócrates la enseñó á sus discípulos, y Platon el mas célebre de ellos, nos dice, que deben tenerse por locos aquellos hombres, que reusan hacer todos los esfuerzos posibles para llegar al conocimiento de la verdad en materia de Religion, ó que la desprecian despues de haberla hallado. Para ser consiguiente es necesario una de dos, ó buscar esta verdad hasta encontrarla, y encontrada fijarse en ella fuertemente, ó á lo menos adherirse al partido mas verdadero y mas seguro, si nos es imposible reconocerla de un modo cierto y evidente. Esta es tambien la doctrina del Espíritu Santo. Volver sus pensamientos hácia la investigacion de la verdad, es la perfeccion de la razon del hombre, la cual ha sido hecha para reconocerla, y *aquel que hará esta investigacion con cuidado, llegará bien pronto á una perfecta seguridad y obtendrá la inmortalidad en recompensa de sus esfuerzos*. Todos vuestros medios, todos vuestros cuidados, mi querido, no serán bastantes para disipar vuestras dudas en un asunto tan importante.

PROTESTANTE. Estoy dispuesto á hacer cuanto dependa de mí para llegar á conocer la verdad; pero en la situacion en que me hallo, decidme francamente, si yo podré, con toda seguridad de conciencia, dirigirme á un sacerdote católico para tratar un tal asunto.

CATÓLICO. No debeis tener inquietud alguna con respecto á esto, porque

una vez que vuestros ministros confiesan que se puede conseguir la salvacion en nuestra Religion, nada arriesgais, ni cometeis imprudencia alguna dirigiéndoos á un católico, á fin de ilustraros en el objeto de vuestra perplexidad. Lejos de comprometer vuestra conciencia, tomais ya, desde ese mismo instante, el partido mas seguro, porque tratais de Religion con el pastor de una Iglesia, en la que todos os dicen que os podeis salvar.

Aun hay mas. Obrando de este modo no haceis mas que practicar el principio fundamental de vuestra religion, que consiste, segun confesion de vuestros mismos ministros, en la *libertad de ecsámen, en la libertad de creencia y en la libertad de culto*, para todos y para cada uno de vosotros: en virtud del cual principio, *cada particular tiene el derecho de escoger la religion que mejor le parezca*. "Todos los miembros de la Iglesia, os dice el pastor y profesor Chenevière, tienen derecho de ecsaminar, si las doctrinas que se les proponen son conformes á la palabra de Dios, sin que nadie en el mundo esté autorizado para inquietarles, ni menos castigarles. Sin esto, nuestros antepasados hubieran hecho muy mal en separarse de la Iglesia romana, y serian fundadas contra nosotros las acriminaciones de esta Iglesia." Teneis, pues, no solamente el derecho, sino el deber de buscar la verdad donde os agrade, de dirigiros á quien mejor os parezca, á fin de aclarar vuestras dudas y aun escogeros la religion mas segura. Vuestros ministros no se os pueden oponer sin usurpar una autoridad que sus principios condenan, y sin destruir la base principal del protestantismo. Porque, y observado bien, solo usando del derecho de que se trata, es como ellos han llegado á ser vuestros ministros, y cómo este derecho es el mismo para todos los protestantes, estos ministros, si os lo negasen á vosotros, abjurarían el título mismo en virtud del cual ellos son lo que son.

He dicho, mi amado, que no podriais tomar medios suficientes para llegar á una verdadera conviccion en materia de Religion. De esto mismo podeis inferir, que si abrazais la Religion católica por interés, por ambicion, ó por otro cualquier motivo humano, vuestra empresa no solamente nada tendria de razonable y de meritoria á los ojos de Dios, sino que tambien seria digna de menosprecio á los ojos de los hombres. Ciertamente, si renunciáis vuestra religion sin estar de antemano convencido de sus errores, de la imposibilidad de conseguir en ella vuestra salvacion y de la verdad de aquella en la que os determinais á entrar, seriais todavia culpable de una grave imprudencia, aun cuando los motivos que hasta el día os detuviesen en tal religion, se hallasen, á vuestro modo de pensar, sin solidez alguna real y sin fundamento. Porque, vos mismo lo sabeis, el Apóstol San Pedro, ó mas bien el Espíritu Santo por él, quiere *que estemos siempre dispuestos á dar razon de la esperanza que está en nosotros*. Despues de esta máxima, ningun hombre dotado de entendimiento debe profesar una religion mas bien que otra, sin estar en estado de darse cuenta de la verdad de aquella que profesa.

Viniendo ahora á lo que me habeis dicho, que os hallais en cierta penosa inquietud con respecto á esto, yo infero de estas palabras que vos titubeais ó balanceais entre ciertos motivos que os detienen en vuestra religion, y ciertos motivos que os impelen á salir de ella; entre ciertas razones que os atraen hácia la religion católica, y ciertas razones que os alejan de ella.

PROTESTANTE. Tal es precisamente la situacion de espíritu en que yo me hallo, y por encontrar algun remedio es precisamente la causa de dirigirme á vos.

CATÓLICO. Yo espero que me espongaís estos motivos, y que lo hagáis con franqueza é ingenuidad.

PROTESTANTE. Necesito de algun tiempo para presentároslos con algun órden. En este momento no puedo indicarlos sino de un modo bastante general. Ved aqui la razon. Como mi estado de incertidumbre en punto á religion, y como mi inquietud que es su consecuencia, son en mí mucho menos el resultado de reflexiones espontáneas, que la consecuencia de todo lo que he visto y oido en estas materias, es preciso que yo recurra á mi memoria para presentaros el conjunto de los diferentes sistemas que he oido sostener con respecto á esto. Segun estos, podria creerse que basta observar ciertos preceptos morales, que hasta vivir como hombre de bien, y que no es necesario pertenecer á una sociedad religiosa para salvarse. Añadiré, que á lo menos seria indiferente pertenecer á una comunión cristiana mas bien que á otra, con tal que se profesen ciertas creencias fundamentales, y que uno se conforme á ciertas reglas de costumbres que son las mismas en todas las sociedades cristianas. Segun unos, yo no puedo renunciar mi religion sin poner en peligro mi salvacion; segun otros, yo debo renunciar absolutamente á ella y entrar en otra sociedad, si quiero asegurar mi salud eterna. Ved aqui, Señor, lo que puedo deciros en este momento sobre este objeto. Un poco mas tarde descenderé á mayores detalles; pero antes de hacerlo tengo necesidad de deciros, que un gravísimo pensamiento me preocupa fuertemente desde este momento.

CATÓLICO. ¿Qué pensamiento es ese?

PROTESTANTE. Preveyendo el caso en que un cambio de religion debe ser una de las primeras consecuencias de nuestras conversaciones, y sintiendo ya de antemano lo mucho que me costará renunciar la religion de mis padres; una religion que se me hizo *jurar* de jamas abandonar, yo deseo, antes de todo, dos cosas de vos, que son como condiciones indispensables si hemos de seguir nuestras conversaciones: una que me hagáis entender bien, si apesar del voto que he hecho de jamas abandonar nuestra religion, puedo en toda conciencia buscar conversaciones, que tengan por último resultado el cambio de religion: otra, y no es para mí la menos interesante y que puede terminar todas estas discusiones desde el principio, consiste en saber si es cierto, como nuestros ministros nos lo aseguran, que cualquiera religion protestante viene de los mismos apóstoles, ó á lo menos de sus primeros discípulos; y por último, si es verdad que no haya sufrido alteracion alguna desde los apóstoles hasta nosotros (1). He dicho, Señor, que esta cuestion bien ilustrada podia terminar todas nuestras discusiones desde el principio, y os confieso en efecto, que si el origen de nuestra religion fuese como se nos ha dicho, y fuese todavía hoy como lo era en tiempo de los apóstoles, esto solo bastaria para tranquilizarme enteramente, sin entrar con vos en alguna otra discusion. Porque en este caso yo tomaria mi partido desde este mismo instante, yo permanecería protestante.

CATÓLICO. Teneis razon en asegurar y decir, que el ecsámen de estas dos cuestiones precede toda otra discusion. La una de ellas es asunto de conciencia para vos; y si la rectitud de conciencia debe acompañar todas nuestras acciones, mucho mas cuando se trata de indagaciones relativas á la re-

(1) Aunque el *Protestante* que habla en el presente Diálogo, sea Valdense, su doctrina es aplicable y debe aplicarse á toda clase de protestantes.

ligion, la cual mas rigurosamente debe ser la regla de todas estas mismas acciones. La otra, que pertenece al origen de vuestra secta, es efectivamente para vos de la mas alta importancia; y si la doctrina de vuestros pastores en este punto fuese conforme á la verdad, no hay duda que toda ulterior discusion seria inútil para vos. Así, pues, yo no tengo dificultad en tratar estas dos cuestiones antes que ninguna otra, con tal que acepteis dos condiciones de que quiero hablaros en la conversacion siguiente.

PROTESTANTE. Por mi parte nada puedo prometeros antes de conocerlas.

CONVERSACION SEGUNDA.

De las disposiciones necesarias de parte del espíritu y del corazón en las indagaciones relativas á la religion, y de los medios que deben emplearse.

CATÓLICO. Supuesto que deseais que comencemos nuestras discusiones por el ecsámen de las dos cuestiones que me acabais de proponer, consiento gustoso, mi querido; pero como os he indicado, os pido como preámbulo dos cosas, que jamas pueden ni deben reusarse en toda clase de discusion como la nuestra. Espero me las concedereis, tanto mas cuanto que son precisamente de vuestro propio interés.

PROTESTANTE. Si así es, consiento de muy buena voluntad; no necesito mas que conocerlas para acceder á vuestros deseos.

CATÓLICO. La primera es un deseo sincero de conocer la verdad, estando dispuesto á abrazarla en el momento que os sea conocida, por mas repugnancias que tengais que vencer, y por mas sacrificios que tengais que hacer. La segunda es rogar mucho y con fervor, juntando á vuestras oraciones todas las buenas obras que hicieris, á fin de que el Señor, que es la fuente de toda luz, os ilumine interiormente, abra vuestro corazón á la verdad y os disponga á gustarla y seguirla con fidelidad. ¿Admitis y pondreis en práctica estas disposiciones?

PROTESTANTE. Creo muy bien tener ese deseo de conocer la verdad; pero me parece deber reservarme la prosecucion del partido que me convendrá seguir, despues que la verdad me sea conocida. Si vos sintieseis como yo cuanto cuesta mudar de religion, y en qué agitacion me encuentro cada vez que me detengo en este pensamiento, puede ser no escogieseis de mí que me decidiese, desde este momento, á abrazar el partido de la verdad conocida. Añadiré mas para manifestaros francamente todas mis disposiciones, que siento en mí un deseo oculto, aunque real, de permanecer en mi religion, con tal que de nuestras conversaciones pueda adquirir una certeza de poder hacerlo sin comprometer mi salvacion eterna. ¿No os parecen suficientes estas disposiciones?

CATÓLICO. No, mi amado, no lo son; y hé aquí precisamente porqué muchos de vuestros correligionarios, que no tienen estas disposiciones al entrar en las disputas sobre puntos de religion, perseveran en sus errores, aun cuando hayan sido obligados á conocer la verdad. Ellos no disputan sino para confirmarse mas en sus opiniones, con el deseo manifesto de hacer prevalecer sus razones, sea la que quiera su debilidad y falsedad. Les parece que se les tendria por humillados, si reconociesen la fuerza de las razones que se les propone; como si el triunfo de la verdad sobre sus espíritus fuese el triun-

fo del hombre, y no el del mismo Dios, autor de toda verdad. ¡Cuantos! decia á este propósito un ilustre obispo católico de Inglaterra, cuantos imitan á Pilatos, quien despues de haber preguntado á nuestro Salvador: *¿Qué cosa es la verdad?* se retiró antes de oír la respuesta! ¡Cuantos otros se parecen á aquel jóven rico, el cual habiendo preguntado á Jesucristo: *¿Qué bien puedo hacer para conseguir la vida eterna?* cuando este divino Maestro le respondió: *Si quereis ser perfecto, id, vended lo que teneis y dadlo á los pobres;* se marchó tristemente! En fin, cuantos hay que obran como aquellos presuntuosos discípulos de Nuestro Señor, los cuales habiéndole oido esponer aquel grande y sublime misterio, el de la presencia real, con estas palabras: *Mi carne es verdaderamente comida y mi sangre es verdaderamente bebida,* dijeron: *Esta palabra es dura. ¿Quién puede entenderla? y se retiraron de allí!* Si los cristianos divididos en sectas y opiniones, añade el mismo autor, tuviesen para servir á su Dios y salvar sus almas, la sinceridad, el desinterés, el celo que han manifestado un Waltingham, un Antonio Ulric, nuestras controversias concluirían bien pronto, y todos nosotros estaríamos muy luego unidos en la fé, en la esperanza y en la caridad.

Insisto, pues, en que admitais y pongais la disposicion sincera de seguir la verdad, tan luego como os sea conocida, antes de emprender discusion alguna con vos: os protesto que no tendreis motivo alguno legítimo para arrepentiros de una tal disposicion. Si yo os pidiese, en este momento, la promesa de abrazar la religion católica, conocería muy bien que, no estando todavía convencido de los errores de vuestra secta, ni de la verdad de nuestras creencias, teniais justos motivos para negaros á semejante peticion. Pero no es esto lo que yo escijo de vos. Quiero solamente que estéis resuelto con sinceridad y firmeza á abrazar el partido de la verdad, cualquiera que sea, desde el momento que os sea conocida. Si reflexionais bien este asunto, comprendereis sin trabajo alguno que no podeis obrar de otro modo razonablemente.

PROTESTANTE. Vuestra peticion no me parece tener cosa alguna que no sea muy conforme á la razon y á la equidad. Sin embargo, deseo todavía, antes de responderos categóricamente, me indiqueis los motivos que no me permitirán segun vuestro parecer, negarme á esta condicion, sin ir contra mis propios intereses y sin comprometer el resultado ventajoso que puede tener para mí esta discusion.

CATÓLICO. Primeramente, ofendeis gravemente á Dios por solo el hecho de no someteros á seguir la verdad, tan luego como os sea conocida. Porque, siendo la verdad la luz de nuestro espíritu, la regla de nuestros pensamientos y de nuestras acciones, y emanando de Dios toda verdad, como que es la fuente ó mas bien la verdad misma: *Ego sum . . . veritas,* á Dios mismo es á quien desobedeceis, cuando rehusais abrazar la verdad. Una negacion tal mostraria que estabais todavía dispuesto á seguir el error, aun en el caso de ser conocido como tal. En este caso vendriais á ser un hijo de tinieblas, y se os contaria entre los esclavos del demonio, que es el padre de la mentira. Con semejante disposicion, lejos de merecer ser iluminado por Dios en un negocio de tan grave importancia, alejariais de vos sus gracias y sus luces, de que tenéis tanta necesidad, y sin las cuales os es imposible conocer el camino que debe conducirnos á él. Por otra parte ¿buscar la verdad no es una de las primeras obligaciones que la misma razon impone á todos los hombres y á cada uno en particular, pues que en último resultado es buscar nuestros deberes

para con nosotros mismos, para con nuestros semejantes y para con Dios, el cual, siendo nuestro primer Maestro y nuestro último fin, hace que esta investigacion sea el primero y el mas sagrado de nuestros deberes? Ademas, no hay obligacion de buscar la verdad, sino en cuanto estamos obligados á seguirla despues de haberla conocido: estariamos dispensados de buscarla, si no tuviesemos la obligacion de seguirla despues de conocida. La Santa Escritura espresa en dos palabras esta doble obligacion, inculcando á los cristianos *hacer la verdad con amor.*

PROTESTANTE. Estas razones no dejan de hacerme fuerza; sin embargo, yo todavía desearia que vos me demostraseis por las Escrituras mismas, de que acabais de citar algunas palabras, que yo estoy estrechamente obligado á seguir el partido de la verdad, tan luego como me sea conocida, y que no puedo obrar de otro modo sin comprometer mi eterna salvacion. Si así lo habeis habreis sellado mi conviccion.

CATÓLICO. Nada mas claro, nada mas preciso en el Nuevo Testamento que esta obligacion. Jesucristo, despues de haber dicho que él es el camino, la verdad y la vida, añade que aquel que no le sigue, no es digno de él, permanece en las tinieblas y no tendrá la vida eterna. El maldice las crueldades de Corozain, Betsaida y Cafarnaún, porque habian cerrado los ojos á las obras milagrosas que habia obrado, á fin de establecer las verdades que les habia anunciado. El llora sobre Jerusalem, que habia abusado de la misma gracia. El deja en la reprobacion á Pilatos, que despues de haberle preguntado que era la verdad, no testificó deseo alguno de conocerla. El declara, que el servidor que conociere la voluntad de su amo y no la ejecutare, será severamente castigado. El dice, que aquellos que aman las tinieblas y aborrecen la luz, están ya juzgados. En fin, despues de haber repetido muchas veces, que el que no está con él, está contra él; que el que se hubiere avergonzado de él y de su doctrina, será abominado de su Padre en el día del juicio, protesta que él no mirará verdaderamente como discípulos suyos, sino á aquellos que permanecerán en su doctrina, y que estos solos gozarán su libertad por la verdad.

Sus apóstoles repiten las mismas instrucciones y las mismas amenazas. San Juan escluye de la ciudad de Dios á los que aman la mentira. San Pablo declara á los romanos que no basta conocer la verdad, ni aun creerla de corazon, sino que es necesario confesarla con la boca, esto es, profesarla exteriormente para ser salvo. El les dice en otra parte, que la cólera de Dios está sobre todos aquellos que no están de acuerdo con la verdad, ó la retienen cautiva en la injusticia. El anuncia á los hebreos, que no hay hostia de propiciacion, esto es, que no hay que ofrecer sacrificio por aquellos que han recaido en sus desvarios, despues de haber tenido conocimiento de la verdad; y comparando á estos hombres que una vez fueron iluminados y recayeron, á una tierra que no produce mas que abrojos y espinas, despues que ha recibido el rocío del cielo, declara que esta tierra está reprobada, y que está muy cerca de ser maldita para siempre. En fin, el mismo apóstol mira como hijos de perdicion, como desgraciados abandonados por Dios al error, á todos aquellos que no tienen amor á la verdad, y que no han hecho de ella la regla de su fé.

Sea, pues, que mireis esta cuestion segun las Santas Escrituras, sea que la ecsamineis segun las luces de la razon, ya veis que la pérdida de la salva-

cion es la consecuencia necesaria de la indiferencia ó menosprecio de la verdad, despues que su luz ha brillado en nuestros ojos. Esta conducta es indispensable ante Dios, puesto que él nos ha declarado de antemano, que era preciso renunciar á nuestro padre, á nuestra madre, á todo cuanto tenemos de mas amado, para seguirle; que no seremos contados en el número de sus discípulos, sino en tanto que le habremos preferido á todas las cosas, y que hayamos confesado su doctrina delante de los hombres, á costa de cualquiera sacrificio.

Tales amenazas y castigos no se dirigen solamente á aquellos que reusan abrazar la verdad, cuando han tenido la dicha de conocerla, sino tambien á aquellos que teniendo algunos motivos de estar en el error, y experimentando algunas inquietudes secretas con respecto á la verdad de su fé, desprecian los medios de salir de sus dudas, porque temen turbar el género de vida á que están habituados, y porque se imaginan permanecer en la buena fé, evitando entrar en discusion sobre estas materias. Nuevos Saduceos, esclavos desgraciados de los placeres, cierran voluntariamente los ojos á la luz; pero el soberano juez de vivos y muertos sabe muy bien disipar sus ilusiones. Cuando estos amigos de las tinieblas se presenten, mas tarde ó mas temprano, ante su tribunal formidable, verán caer sus preocupaciones en un abrir y cerrar de ojos, para hacer lugar al conocimiento forzado de la verdad. Se descorrerá el velo que la oscurecia, y ellos medirán entonces, aunque tarde, el abismo profundo en que serán precipitados.

Imaginad ahora, mi muy amado, despues de todo cuanto habeis oido sobre este objeto, de qué crimen os hareis culpable, y para que castigo estareis reservado, si despreciais todavia la grave obligacion que teneis de seguir la verdad, cuando os sea conocida, y de poner os en la disposicion que yo ecsijo de vos. La tal obligacion y la disposicion que es su consecuencia natural y necesaria, tienen un fundamento tan evidente en la razon y en la Escritura, que ignoro haya un solo individuo, dotado de un sano entendimiento, que las haya negado ó pueda negarlas.

PROTESTANTE. Si he tardado tanto tiempo en rendirme á vuestros deseos, no ha sido por obstinacion de mi parte. Conociendo cuales serian las consecuencias de la determinacion que se trataba de tomar, he creido deber vencerme de la sabiduria y necesidad de una tal determinacion, antes de abrazarla. Acabo de adquirir esta conviccion, y mi resolucion está tomada. Espero que el Señor me dará fuerza y perseverancia. Tengo necesidad de su gracia, lo sé y lo conozco: decidme que debo hacer para merecerla, y para llegar al fin que me he propuesto en nuestras conversaciones.

CATÓLICO. Pues que ya estais dispuesto á abrazar la verdad, en cualquiera secta que se halle, y pues que podeis decir al Señor con el Escriba del Evangelio: Señor, *yo os seguiré por todas partes por donde vayais*, debeis repetir sin cesar aquella súplica tan corta y tan espresiva, que el apóstol San Pablo dirigia á Jesucristo: Señor, ¿qué es necesario que yo haga para obedecer vuestra voz? ó bien aquella del ciego de Jericó, diciendo como él de todo corazon: Señor, haced que yo vea, *Domine ut videam*: debeis como Cornelio, juntar la limosna y otras buenas obras á vuestras súplicas, á fin de que estas se eleven mas fácilmente hácia el cielo, y hagan descender de allí las luces que necesitais.

El conjunto de los medios que debeis tomar para llegar á vuestro fin, los

teneis con la mayor perfeccion en el escrito siguiente, en el que el duque Antonio Ulric ha espuesto los motivos de su abjuracion. "Aunque por espacio de muchos años he empleado todo el estudio, todo el cuidado y toda la diligencia posibles para descubrir la verdadera religion y la fé santificante (porque yo sabia que una sola era la verdadera), no teniendo otras miras en esta investigacion que el amor de mi salvacion eterna y el deseo de conocer la verdad, no dejaba siempre de estar en duda á cual de tantas religiones y confesiones deberia adherirme. Sin embargo, con este designio he frecuentado diversas universidades; he registrado bibliotecas enteras; he leído gran número de autores y escritores tanto católicos como otros, que tratan las controversias del dia; he consultado muchos autores que tratan de la variedad de religiones y confesiones; he asistido á diferentes disputas públicas sobre estas materias; he tenido conversaciones particulares con los principales de todas las religiones, sectas y confesiones; he propuesto mis dudas no solamente á los católicos, sino tambien á sus contrarios; en fin, por mi parte nada he omitido, y sin embargo nada he podido encontrar de cuanto deseaba. Por esta causa, echando á un lado todo embarazo, resolví elegirme un tiempo y un lugar á propósito, á fin de poder entregarme enteramente á este negocio, que es el mas importante de todos, pues que su objeto es la dicha ó la desgracia eterna. Para que este ecsámen produjese en mi alma un efecto saludable, y me condujese al fin tan deseado, juzgué deber comenzar:

"1.º Por implorar con ardor los ausilios y las luces del Espíritu Santo, y por pedir á Dios con instancia la luz de la verdadera fé, á Dios como Padre de las luces *que ilumina á todo hombre que viene á este mundo*; porque la fé es un don particular de Dios, por la cual el hombre es iluminado para creer lo que Dios ha revelado.

"2.º Yo hice una firme resolucion de abstenerme, mediante la gracia de Dios, de todo crimen y pecado, conociendo que la sabiduria no entrará en una alma perversa, ni habitará en un cuerpo sugeto al pecado; y yo me convencí, como ya lo estaba, de que muchos se han apartado del conocimiento de la verdadera fé y no la han abrazado, por estar embueltos en muchos vicios, principalmente en los de la carne.

"3.º Yo renuncié á toda suerte de juicios anticipados que podian inclinarme hácia una religion mas bien que hácia otra. Me puse en la presencia de Dios en un estado de la mas perfecta indiferencia, para elegir la religion que la gracia del Espíritu Santo y la razon me inspirasen, sin atencion alguna á la comodidad, y sin temor de cualquiera sufrimiento temporal.

"En fin, yo emprendí esta deliberacion, como quisiera haberlo hecho á la hora de la muerte, y como si tratara de dar cuenta á Dios, en el dia del juicio, porqué seguí esta religion mas bien que otra."

Con el auxilio de tales medios y disposiciones, os será fácil conocer la verdad en materia de religion. Puede decirse de esta lo que Salomon decia de la sabiduria, que es la verdad practica: "Ella es clara y fácil de conocer para aquellos que la aman, y fácil de hallar para aquellos que la buscan. Ella misma va delante de los que la desean, para manifestarse á ellos la primera."

PROTESTANTE. Conozco que el asunto que nos ocupa, es para mí de la mayor importancia, y que debe ser tratado con toda seriedad. Estoy, pues, determinado á hacer uso de cuantos medios me habeis indicado, hasta conse-